

CELLORIGO.

La antigüedad de la villa de *Cellorigo* es remotísima, y las monedas, los fragmentos de barro saguntino y otros objetos de bronce y cobre que se suelen encontrar en sus inmediaciones al remover la tierra para las labores agrícolas, atestiguan que por lo menos ya existía en tiempo de los romanos; y así debió de suceder, porque su posición es singular é inespugnable, pareciendo que la naturaleza se ha complacido en presentar un fenómeno digno de ser estudiado y admirado por todos.

Nosotros creemos con otros que *Cellorigo* se halla en uno de los puntos mas elevados de Castilla, y lo positivo es que desde cualquiera de sus calles y casas se descubre un horizonte de muchas leguas, inclusa toda la Rioja, las montañas de Santander, la costa de Cantabria, la renombrada sierra de San Lorenzo y otras de la provincia de Burgos.

El aspecto de la villa es muy pintoresco, y vista de lejos parece suspendida de las nubes, contribuyendo á hermosearla los erizados peñascos que la sirven como de escudo, y que á la par se figura uno que van á desgajarse al menor impulso y á arrollarla y destruirla por completo.

Como no hay caminos ni puede haberlos, sino sendas y muy malas, y se tarda bastante en subir á la cima del gran peñasco aislado, llamado *Mata-arnos*, donde se halla edificada la población, los vecinos de esta viven sin trato ni relaciones con casi todos, gozan de una paz envidiable, pasan para ellos desapercibidos los acontecimientos que conmueven la Europa y aun el mundo entero, y se conceptúan felicísimos el año que sus medianas tierras les dan el trigo suficiente para alimentarse hasta la otra cosecha.

El famoso castillo de *Cellorigo* abatió por dos veces á fines del siglo IX el orgullo y el inmenso poder de los reyes de Córdoba cuando aspiraban á la conquista de la Europa. Oigamos al monje Albelda en la era 920, año 882, reinando D. Alonso III: dice «que Almundar, enviado por su padre Mahomat, rey de Córdoba, con ochenta mil hombres, mandados por Abuallit, después de haber combatido las fortalezas de Zaragoza y Tudela, sin rendirlas, poseídas por los Zimaeles, hijos de Muza, enemigos del rey de Córdoba, talando el ejército cordobés todo el país, llegó reforzado con Ababdella, anteriormente amigo nuestro; á los términos de nuestro reino de Asturias; primeramente acometió al castillo de *Cellorigo*, defendido por Vela Gimenez, conde de Alava; pero fué rechazado con pérdida de mucha gente: de allí pasó con su ejército al extremo de Castilla á combatir el castillo de Pontecurbo, hoy Pancorbo, que atacó por tres días; pero solamente consiguió perder mucha gente al filo de los vengadores aceros: era conde de Castilla Diego, hijo de Rodrigo. En la era siguiente de 921, año 883, hizo la misma expedición, sigue el Albeldense; corrió desde Zaragoza talando los campos y saqueando cuanto encontraba, pero sin poder rendir castillo alguno: volvió á combatir el castillo de *Cellorigo*, defendido por el conde de Alava, Vela, viéndose obligado á renunciar su empresa con no corta pérdida, sucediéndole lo mismo con el castillo de Pontecurbo, defendido por su conde Diego.»

Del referido castillo de *Cellorigo*, que estaba situado sobre una de las puntas de los peñascos escarpadísimos que se ven á la derecha del grabado que ofrecemos á nuestros lectores, apenas queda rastro, como tuvimos ocasión de cerciorarnos por nosotros mismos, asociados de otros dos amigos, el día siete de noviembre último, en cuya tarde, á fuerza de un trabajo impropio, logramos, aunque con esposicion inmensa, trepar hasta la cima de aquellos.

A la manera que el castillo de Pancorbo defendía la entrada por la hoz de su nombre, el de *Cellorigo*, distante dos leguas, verificaba lo propio con respecto á la garganta de Foncea y á la hoz de la Morquera, quedando así preservados los países de Alava y Castilla, que después se llamó Vieja, de las correrías y talas que hacían frecuentemente los ejércitos en las tierras de sus contrarios; y así se ve que en la relación del Albeldense, Pancorbo era el extremo de Castilla, y *Cellorigo* de los condes de Alava, cuya villa hace bastantes años se ha considerado Castilla.

Posteriormente á tan grandes acontecimientos tenemos noticias de aquella. En el voto del conde Fernan Gonzalez, en el fuero de Miranda de Ebro de últimos del siglo XI, y en el de Cerezo del XII se nombra á *Cellorigo*.

También se menciona á esta villa en la petición que los embajadores del rey de Navarra D. Sancho el VII, llamado el Sabio, presentaron ante el rey de Inglaterra Enrique II contra el de Castilla D. Alonso VIII en la cuarema del año 1177, á consecuencia del compromiso hecho en agosto de 1176; advirtiendo que el citado rey de Navarra pretendía que el de Castilla le entregase Nágera, Grañon, Pancorbo, Belforado, Cerezo, Monasterio, *Cellorigo*, Bilibio, Méntrida, Veguera, Clavijo, Berbio y Lanteron.

Cellorigo es hoy una pequeña villa que se compone de unas sesenta medianas casas, distribuidas en varias calles, y una pequeña plazuela, pendientes todas por lo que hemos dicho arriba, y que perteneció á la provincia de Logroño y al partido judicial de Haro, de cuyo primer punto dista diez leguas, tres del segundo y dos cortas de Miranda de Ebro. Tiene una antiquísima iglesia dedicada á San Millán; pero de ningún mérito artístico, y menos desde que con un malhadado revoque de cal que acaban de darla interiormente, han desaparecido algunas pinturas, adornos é inscripciones.

La situación elevada de esta villa ha hecho que se la denomine vulgarmente, pero con propiedad suma, el Púlpito de la Rioja.

REMIGIO SALOMON.

ANGELO.

En fines de 1832 me dirigí á una de las ciudades de Italia con motivo de ciertos asuntos de familia: mi cicerone me condujo á una de las fondas que en ella habia entonces, la que por lo módico del hospedaje se hallaba mas en consonancia con mi bolsillo y fortuna. El aposento que me destinaron era una pequeña sala cuadrada, con dos reducidas alcobas; me dijeron que una de ellas se hallaba ocupada ya por otro viajero, que habia salido á dar un paseo por la campiña, y que seríamos compañeros de mesa. Como no pensaba poner en ejercicio mis piernas hasta el día siguiente, me limpié el polvo del camino, arreglé un poco mi traje y esbellerá, y abriendo una de las persianas del balcon procuré indagar la clase de vecinas que tenia. Cansado de no columbrar ninguna, me puse á mirar los cuadros de mi habitación, que representaban escenas de la vida del Tasso y del Petrarca. Oí pasos cercanos y supuse que sería mi compañero de aposento. En efecto, un segundo después se abrieron las puertas de la sala, dando paso á un caballero como de cuarenta años de edad.

Era de una estatura regular, bellas facciones, color pálido, de cabellos negros y rizados, aunque salpicados de algunas canas, ojos negros, pero velados con una sombra de tristeza, que se hallaba en perfecta consonancia con la dulce y melancólica sonrisa que contraía sus labios; vestía un sencillo traje negro, y su voz era lenta y armoniosa.

Después de los saludos de costumbre, hablamos largo rato sobre la belleza del clima de Italia, sobre su historia, sus monumentos, los genios que produjo en todos los ramos del saber humano, y yo, como aficionado al bello sexo, hablé de las hermosuras italianas, y le pregunté si existía alguna de ellas en las casas inmediatas.—Me dijo que no habia observado nada; que como enfermo que se hallaba no se habia detenido en casa ni en la ciudad mas que lo necesario á ciertos negocios que tenia pendientes, y que la mayor parte del tiempo lo pasaba visitando y recorriendo la campiña. Era su acento tan dulce, se habia mostrado en la conversacion tan profundamente instruido en historia y literatura, y especialmente en la pintura y escultura, que al punto le creí ó algun literato ansioso de conocer países y costumbres, ó algun artista de mérito, ávido de contemplar las obras de los Rafaeles y Miguel-Angelos.

Cenamos; y luego, confesándose cansado de su excursion del día, me deseó buena noche y se retiró á su alcoba. Poco después hice yo lo mismo, y mientras me desnudaba formé mil conjeturas sobre mi misterioso compañero.

Al día siguiente cuando me levanté se hallaba ya bastante adelantado el día; mi viajero habia salido muy temprano. Hice sobre él varias preguntas á los criados, y saqué en consecuencia que todos sabian de él tanto como yo.—Hacia tres dias que habia llegado; salía por la mañana después del desayuno, y volvía á la hora de comer, volvía á salir, y regresaba al toque de oraciones.

Fui yo entonces á evacuar mis asuntos; hice algunas visitas á las principales maravillas de la ciudad, volví á la hora de mediodía, y hallé ya á mi melancólico compañero. La misma finura, el mismo aire triste, y la misma erudicion en cualquier asunto sobre que la conversacion girase. Volvió á salir él, yo hice lo mismo, y finalmente por espacio de cinco dias seguimos el mismo método de misterio.

Habia terminado ya mis asuntos, y me propuse detenerme algunos dias mas para recorrer las pintorescas inmediaciones de la ciudad. Gustar de los vinos esquisitos que los campesinos recojen, y dare un' ochiata á sus bellas vagazzas.

Recorría una tarde las orillas de uno de los rios que forman los Apeninos, gozaba en contemplar sus límpidas aguas y en respirar el perfume que exhalaban los naranjos silvestres y las higueras chumbas de que se hallaban sembradas sus riberas, cuando de repente un agudo y lejano grito, y luego dos ayes como demandando socorro, hirieron mis oídos: me encaminé apresuradamente al punto de donde me parecia provenian, y veí con espanto una persona que la corriente del rio procuraba arrastrar, y con la que la infeliz luchaba en vano. Me desdudé rápidamente, me arrojé al agua, y logré con dificultad atrarla